

57/o Aniversario de la Revista de Sanidad Militar

In memoriam

Tte. Cor. M.C. Filemón Cabrera-Ureña

Dic. 5, 1958-Abr. 28, 2005

El pasado mes de abril (día 28), los médicos del Hospital Central Militar nos desayunamos con la desagradable sorpresa de que nuestro compañero, colega y amigo, el doctor Filemón Cabrera Ureña, de 46 años de edad, acababa de morir. La noticia parecía una broma de muy mal gusto... cierto es que en esos momentos él faltaba al desayuno habitual y entonces la noticia parecía una vulgar mentira edificada y apoyada con base en su ausencia matinal... pero no, la noticia era verdad, así lo confirmaban los rostros desencajados, largos y sombríos de los allí presentes. Nadie podía haber puesto de acuerdo a tanta gente para elaborar una macabra mentira, además, ¿con qué objeto?

El sabor de los alimentos resultó particularmente extraño esa mañana y traté de imaginar, en contra de toda la evidencia, que mi amigo "Fili" (como lo llamábamos la mayoría) no había llegado al comedor simplemente porque se le había hecho tarde o porque ese día había decidido desayunar en el restaurante. Pero ese pensamiento duró sólo unos instantes, las circunstancias me espetaban la dura verdad: él había muerto.

Vestía su uniforme militar, con alas plateadas cerca del corazón. Bajo la luz mortuoria del recinto se respiraba un aire incómodo de miradas entrecruzadas y llantos reprimidos, pero como todos los que ascienden a la otra dimensión, él se encontraba tranquilo, como si prefiriera no escuchar los llantos plañideros de sus seres queridos.

El doctor Cabrera fue el mayor de ocho hermanos, nació de padres procedentes de diferentes estados de la República (Campeche y Guerrero) un 5 de diciembre de 1958 en la capital más importante del continente americano: el Distrito Federal.

Estudió la primaria en Guanajuato por cuestiones del trabajo paterno, pero la secundaria y preparatoria las realizó en el D. F. Ingresó a la Escuela Médico Militar en el año de 1975 y se graduó como Mayor Médico Cirujano en 1981. Seguramente su capacidad inventiva lo inclinó a especiali-

zarse en Medicina Física y Rehabilitación, la que concluyó el 1o de septiembre de 1984. Fue jefe del Departamento de Evaluación Integral de esa área hasta el día de su muerte. El grado de Teniente Coronel lo obtuvo el 20 de noviembre de 1996.

Emprendedor nato y luchador por la vida, desde pequeño manifestó su capacidad para ser inventor y deseó de ser militar como pocos, pues desde niño tanto sus compañeros como amigos de la familia le sobrenombraban "el General", lo cual seguramente debió fortalecer la imagen constante que tenía de sí mismo viéndose vestido de militar.

Hombre recto, tenaz y bondadoso; lo recordamos como una persona íntegra y dispuesto a ayudar al prójimo. Tuvo tres hijos y siempre fue responsable del bienestar familiar.

El doctor Cabrera en todo momento mostró una actitud tranquila y mesurada, con excelente disposición para el diálogo, pero sobre todo para escuchar, cualidad muy poco común hoy día, aún en el comedor, que es el lugar no oficial de las psicoterapias de grupo y donde todos tienen necesidad de ser protagonistas, inmersos de un ambiente de ruidos de vajilla y carcajadas exageradas o fingidas; él sabía escuchar, esperaba el momento apropiado para aportar con sarcasmo certero el comentario, que siempre arrancaba la risa anticipada de los que ya lo conocíamos.

Aunque su viaje fue imprevisto, yo creo que mi amigo "Fili" ya había conversado con la muerte durante los varios saltos en paracaídas que realizó mientras prestó sus servicios en la brigada, lugar a donde llegó el 1o de septiembre de 1982 hasta el 30 de agosto de 1984. Seguramente, por eso se fue tranquilo.

De mirada pícaro y perspicaz, poseía buen ánimo para el trabajo, la mayoría de sus amigos lo identificábamos por sus prominentes carrillos; en son de broma unos decían que en ellos guardaba sus reservas de alimentos para el invierno, pero en realidad yo sostengo que allí se le acumulaba toda la



Tte. Cor. M.C. Filemón Cabrera-Ureña

generosidad que ya no le cabía en el pecho y le subía por el cuello hasta alojarse en ambos lados de la cara.

A muchos nos constó su carácter apacible tanto con sus amigos como para quienes colaboraban para él, pues tenía visión de empresario, ya que siete familias dependían del trabajo que él les proporcionaba. Esa misma conducta afable la percibían sus empleados y pacientes, quienes dejan constancia de su humanidad y buen trato. Ellos también lloraron su partida y algunos hasta lo acompañaron en su último viaje, como un testimonio de su agradecimiento por haber encontrado en el doctor el trato cierto para sus males, además de un remanso de tranquilidad y la amistad que tanto ayuda en la remisión de la sintomatología crónica.

La muerte de un amigo siempre nos confronta con la propia, y aunque nos resulte claro o no, es adecuado pensar que

los ciclos vitales siempre tienen un propósito con el que podemos o no estar de acuerdo.

Pero debemos consolarnos sabiendo que, donde quiera que se encuentre nuestro compañero y amigo, el Doctor Filemón Cabrera Ureña, estará contento y disfrutando de la compañía de los que a él se adelantaron y esperando por nosotros, para que en un futuro (breve o lejano) estemos nuevamente reunidos en torno a la mesa de un comedor celestial.

Filemón, vayan estas líneas como un sincero reconocimiento a la amistad con que nos distinguiste, de parte del que las escribe y de todos aquellos que se hayan tomado la molestia de leerlas.

Tte. Cor. M.C.

José Hernández-Zamudio